

REIGN OVER ME (2007)

(“La esperanza vive en mí” o “En algún lugar de la memoria”)

Gustavo Chiozza.

“*Reign over me*” nos cuenta del encuentro entre dos antiguos compañeros de universidad: Alan Johnson, un hombre que a primera vista parece tenerlo todo, y Charlie Fineman, uno que parece haberlo perdido todo. Tan trágicas son las circunstancias de esta pérdida que este tema amenaza con acaparar toda la atención del espectador.

Efectivamente, Charlie perdió a su esposa y a sus tres pequeñas hijas en el atentado del 11 de Septiembre. Atrapado en un duelo imposible, la vida de Charlie parece destruida; Charlie abandona su profesión de dentista y se dedica a vagar en su monopatín por las desoladas calles nocturnas de New York.

Colateralmente, también nos enteramos de cómo esta tragedia afecta a los suegros de Charlie, los Timpleman. Ambos optaron por una jubilación temprana para poder dedicar todo su tiempo a disfrutar de sus tres nietas y ahora sienten que, sin pedir permiso, alguien cambió ese plan por el vacío de una vida sin sentido. El único proyecto que encuentran para seguir adelante con sus vidas es el protagonismo como víctimas de una injusticia cruel. Por este motivo, para ellos el deseo de Charlie de olvidar es una ofensa; una nueva amenaza a su proyecto de vida. Por eso insisten, llenos de odio, en que Charlie llore su pérdida; de lo contrario, al modo de una reivindicación, exigen que la sociedad declare que Charlie está enfermo y que debe ser hospitalizado en un psiquiátrico.

Se trata de un tema delicado. ¿Quién se atrevería a juzgar a Charlie o incluso a los Timpleman? ¿Desde qué lugar podríamos decir lo que ellos deberían hacer? Viendo la necia convicción con que la psiquiatra del hospital piensa curar a Charlie en un año o el desastroso intento del vanidoso psiquiatra Nigel en la cafetería, acude a nuestra memoria esa frase que utilizan los ingleses: “cualquier tonto camina sin cuidado por donde los ángeles no se atreven a pisar”.

Es esto mismo una de las cosas que quiero destacar de este film: la sensatez y la moderación con la que aborda este difícil tema. El primero de los muchos aciertos que quiero destacar es que el film cuidadosamente evita caer en la tentación de cargar las tintas sobre el atentado del 11 de Septiembre. Por ejemplo cuando Alan le cuenta a Ángela sobre un amigo que perdió a su familia en un accidente aéreo, y ella le pregunta cuándo, él sólo responde “unos años atrás”. La victimización, al identificar un culpable, siempre dificulta la conciencia del hecho de que cada uno

es responsable de su propia vida. Si bien Charlie no es responsable de la tragedia, sí es responsable de darse a sí mismo la mejor vida que le sea posible.

De esta manera el escritor y director de este film, Mike Binder, que encarna el papel de Sugarman, explicita que el film se ocupa de las pérdidas en general, no de las pérdidas del 11 de Septiembre.

Otro punto que quiero destacar en este sentido es que, si bien el final del film nos muestra una mejoría de sus personajes –mejoría sobre la que luego habremos de pronunciarlos–, está muy lejos del típico *happy end*. También me resulta inusualmente sensata la decisión del juez sobre la difícil situación de Charlie; el espectador medio –que todos llevamos dentro– seguramente hubiera deseado que el juez tome más partido, poniendo en su lugar a los Timpleman y dejando a Sugarman abogar por Charlie.

Quizás uno de los mejores hallazgos en este sentido es que si bien el tratamiento que realiza Ángela con Charlie no está mal llevado, y ella actúa con sentido común, sensibilidad y moderación, Charlie en lugar de mejorar, empeora. Parecería tratarse de un *furor curandi* que precipita el intento de suicidio de Charlie. Pero Ángela es capaz de aprender de esta experiencia y sus palabras durante el juicio revelan, en profundidad, lo que significa “ser paciente” en la relación entre el enfermo y el médico.

Así, el autor nos deja en el fondo del vaso una cierta noción de lo difícil que resulta asistir al dolor ajeno. Asistir en su doble connotación de presenciar y de ayudar. Tanto en las actitudes de Alan, como en las de Ángela o de los Timpleman, vemos cómo el deseo de ayudar al que sufre muchas veces nace como una defensa frente a la dificultad de acompañar con el propio sufrimiento al dolor ajeno. No sólo el sufrimiento por empatía sino también el sufrimiento por la impotencia que sentimos cuando no podemos curar todo lo bien y todo lo rápido que quisiéramos.

En lo que sigue, por algunos tramos, deberemos caminar por donde los ángeles temen pisar, por eso esta introducción busca explicitar mi deseo de ser prudente con un tema tan álgido. Antes de pasar a analizar algunos aspectos del film que me resultaron interesantes, quizás convenga aclarar que analizar es, sobretodo, comprender y no juzgar.

Como dijimos, el film nos invita a reflexionar en lo que nos provoca el dolor ajeno; por momentos nos tienta acercarnos al dolor ajeno, entre otras cosas, porque al ser ajeno, nos hace sentir afortunados. Pero también nos provoca rechazo porque nos recuerda lo efímera que puede ser nuestra fortuna. Cada quien se ubicará a la distancia justa según su propia ecuación; pero también hay motivos más profundos que entran en juego al ponernos en contacto con el dolor ajeno.

Algunos de esos motivos podemos verlos en Alan Johnson, el otro personaje central de esta historia.

En efecto, el director nos cuenta la tragedia de Charlie desde el punto de vista de Alan. Años atrás, cuando Alan se enteró de la tragedia de Charlie, intentó contactarlo por todos los medios, pero no lo logró; ahora, en el presente del film, se produce ese encuentro. No una vez, sino dos. Tratándose de una obra de ficción, no tiene sentido preguntarse si se trata de un encuentro casual. El punto es que el autor sitúa este encuentro justo después del episodio con Donna Remar del que Alan huye asustado. El encuentro con Charlie revoluciona la vida de Alan. Como él mismo le confiesa a su esposa Janeane, Alan queda atrapado en el mundo de Charlie; y los motivos de ello no pertenecen a la tragedia de Charlie sino a la propia vida de Alan.

Hagamos, entonces, una pintura breve de la vida de Alan. Como dijimos, aparentemente, Alan tiene todo lo que Charlie perdió: es un dentista que gana mucho dinero, tiene una hermosa esposa, dos hermosas hijas y una hermosa casa. También ha logrado dar a sus padres ancianos una holgada vida en un lujoso departamento en New York. Uno podría pensar que Alan, cercano a los cuarenta años, ha logrado concretar lo que, en sus tiempos de estudiantes, debieron ser sus mejores sueños. Sin embargo, vemos que algo falta en su vida; algo que poco tiene que ver con las concreciones materiales.

Su trabajo de dentista de gente rica le disgusta y desearía poder gritarle a sus pacientes que en la vida hay cosas más importantes que los dientes. Se siente tratado como un empleado de sus socios a quienes él mismo ha hecho ricos. Sus padres, lejos de reconocimiento y gratitud, le expresan reproches por la vida que él les da. Si bien su matrimonio se basa en el amor mutuo, la relación con Janeane se ha vuelto tensa y llena de malentendidos e incomunicación.

Alan se siente oprimido y no encuentra su lugar, ni en el trabajo ni en la familia. Pero al principio del film, Alan aún no tiene del todo claro estos sentimientos; experimenta un vago malestar que quisiera resolver pero que también teme enfrentar. Por eso duda si consultar o no a Ángela y prefiere disfrazar la consulta hablando de un supuesto amigo, que no tiene amigos –excepto Alan, claro– y que a diferencia de los demás hombres casados, no tienen ningún *hobby* que le interese. Le cuenta a Ángela que un sueño recurrente lo visita por las noches, en el cual su sillón de dentista se transforma en una goma que lo absorbe todo.

Pero cuando Ángela le propone que inicie un tratamiento, se niega diciendo que él está bien; que no tiene de qué quejarse. Ángela, con lucidez, le pregunta si no tener de qué quejarse es sinónimo de estar bien, y Alan, sintiéndose tocado, sonrío incómodo y cambia de tema. En las discusiones con los socios, en las discusiones con la esposa, Alan calla. Su temor a descubrir el vacío en el que vive lo lleva a

adoptar la actitud de "está todo bien", con la que busca convencerse de que nada le falta.

En inglés esta expresión se dice "*fine*", de modo que «el hombre que siempre responde "está todo bien"» podría decirse en inglés *fineman*, que es, justamente, el apellido que el autor del film eligió para Charlie. ¿Merece este argumento que extraigamos alguna conclusión de él?, ¿Charlie podría simbolizar un aspecto de Alan, o quizás el destino que le espera si continúa con su actitud de "todo bien"? ¿Acaso Charlie, antes de perder su trabajo y su familia, pudo sentir frente a la vida lograda algo de lo que ahora siente Alan frente a la suya? A veces las preguntas son más sugestivas que las respuestas; de modo que sigamos adelante con nuestro análisis.

Luego del encuentro con Charlie, Alan comienza a descuidar tanto sus responsabilidades profesionales, como las de hijo, padre y esposo. Frente a las quejas de Janeane, se defiende diciendo que ella está celosa porque Alan por fin tiene un amigo y algo que hacer en su tiempo libre. Agrega que lo de Charlie es algo muy triste y que él desea ayudarlo. En esto no es del todo sincero ya que, para Alan, los encuentros con Charlie, más que algo triste, son un divertido escape de sus problemas. Janeane no se engaña y dice que Alan está envidioso de Charlie.

¿Se puede envidiar a alguien como Charlie? Muchos estarán de acuerdo con Alan en que esta es una interpretación demasiado retorcida. En cambio para aquellos que conocemos cómo funciona el alma de las personas en sus aspectos más profundos, inconcientes, esta interpretación tiene mucho de perspicaz. Sabemos que el alma se escinde con facilidad y es capaz de enfocar, de un conjunto, sólo el aspecto que representa un determinado deseo. Así se revela en los sueños, por ejemplo, donde inconcientemente podemos desear, sin mayores inconvenientes, la muerte de un ser querido siempre que con ello extraigamos una mínima ventaja. Esto no significa que si ese ser querido de veras muriera nos sentiríamos felices con las consecuencias, sino que al momento de soñar, de ese conjunto de consecuencias, sólo nos importa lo que satisface el deseo. Así por ejemplo, el deseo banal de continuar durmiendo puede hacer que una madre sueñe la muerte de su hijo; nos guste o no, nuestra alma, en lo inconciente, funciona así.

Todavía podemos decir algo más. Cuando nos ocurre una tragedia, como la muerte de un ser querido, la primera lección que recibimos es que no somos todo lo potentes que quisiéramos; que las fuerzas de la vida y el destino están, muchas veces, fuera de nuestro alcance. Muchas veces este sentimiento de impotencia se nos hace insoportable; nos hace sentir tan inseguros que, para defendernos, preferimos experimentar un sentimiento opuesto, de omnipotencia. Entonces nos decimos que la pérdida fue por nuestra culpa; y que si hubiéramos hecho esto o aquello la podríamos haber evitado. Si nos enteramos que un amigo se suicidó, por ejemplo, enseguida pensamos que deberíamos haberlo llamado; como si con el

solo hecho de demostrar nuestro interés y nuestra amistad hubiera bastado para disuadirlo de sus intenciones. En otras palabras, solemos preferir el peso de la culpa que la inseguridad de la impotencia.

Surgida así la culpa, no es infrecuente que luego busque apoyarse, justamente, en esos deseos parciales que describimos antes. Por ejemplo, Charlie ahora se reprocha lo que en vida de su esposa, lo fastidiaba de ella: hablar de la remodelación de la cocina o sacarse los zapatos antes de pisar la alfombra. Detrás de este autoreproche está la fantasía absurda de que si se hubiera comportado distinto, satisfaciéndola en lugar de fastidiándose, seguramente ella no habría muerto. En otras palabras, sustituir la impotencia por potencia, con la fantasía de tener algún control frente a lo inesperado de la vida.

Afirmar que Alan envidia la irresponsable vida de Charlie, no significa afirmar que Alan desea algo malo para su familia. Pero a veces, cuando se siente abrumado por responsabilidades e insatisfacciones, desearía poder volver el tiempo atrás. Regresar a la adolescencia, época en la que su familia no existía; regresar al momento donde se gestaron esos sueños que, ahora concretados, tanto lo asfixian y quizás poder elegir distinto.

El mundo de Charlie es el mundo irresponsable del adolescente que vive sin trabajar con el dinero de sus padres. Vestir desaliñado, tener desordenada la habitación, trasnochar sin horarios, tocar la batería en una banda, ver cine continuado, jugar a ser estrella de rock, y pasarse horas con los videojuegos. ¿Qué adulto tiene tiempo para esa vida? En ese mundo, Charlie y Alan son uno, como nos lo muestra el director, compartiendo el monopatín. Ambos están allí por similares motivos: el deseo de olvidar un presente lleno de frustración y regresar atrás en el tiempo.

El autor del film, a mi entender, nos invita a no despreciar la fuerza de estos deseos que nos habitan diciéndonos que son ellos los que reinan sobre nosotros. El título original del film, "Reina sobre mí", está tomado de una canción que se llama "El amor reina sobre mí". Pero dado que el film no desea mostrar el reinado del amor en la vida de sus personajes, nos parece acertado el recorte.

El film no habla de la falta de amor, ni de la falta de progreso económico, ni de la falta de un *hobby* o de la falta de satisfacciones. El film nos habla de la pérdida. ¿Pero la pérdida de qué?, ¿de la familia de Charlie en el atentado? Creo que esto es una representación de un tema más profundo: la pérdida de aquello que da sentido a la vida. En otras palabras, el sentido de la vida es lo que reina sobre nosotros, orientando todos nuestros actos.

Esta historia nos habla de lo difícil que es enfrentar el vacío que queda cuando hemos perdido lo que da sentido a nuestra vida. De cómo nos sentimos tentados a huir, desesperados, hacia soluciones mágicas. Primero negar diciéndonos que "está

todo bien”, que tenemos todo lo que siempre quisimos. Cuando esto ya no es posible, se abren algunos caminos. Charlie y Alan huyen hacia atrás refugiándose en la irresponsabilidad adolescente. Los Timpleman, en cambio, huyen hacia el rol de víctimas de un atentado cruel. Donna Remar, engañada por su esposo, huye hacia una sexualidad compulsiva y exasperada.

Freud metaforiza la constelación anímica de la melancolía diciendo que la sombra del objeto perdido cae sobre el yo, dificultando el proceso de duelo. Charlie y Alan, pasan las horas jugando a “La sombra de los colosos”. Esos colosos del juego que, una y otra vez, tratan de vencer, son un símbolo de ese vacío al que nos referimos antes.

En la escena siguiente a la que Alan se vuelve adicto al videojuego, el director nos muestra un amanecer de New York en el que enfoca una sucesión de monumentos. Figuras ecuestres y soldados combatiendo. Son un símbolo de los ideales espirituales que a estos personajes les falta en sus vidas; ideales trascendentes que reemplacen las concreciones materiales que durante la primera parte de la vida adulta parecían dar sentido a la vida. Alan se siente vacío de intereses; Charlie vacío de vínculos significativos. Como veremos, una y otra cosa no son tan distintas como parecen.

De la misma manera que el éxito económico satisface las necesidades materiales, o el éxito social satisface la vanidad y la autoestima, el espíritu se satisface con las concreciones trascendentes. Pero por trascendentes no sólo debemos entender las metas elevadas orientadas hacia la posteridad, bien representada en esos monumentos. Lo trascendente también puede ser el contacto con los otros. Trascender lo individual; salirse del interés por uno mismo y poder interesarse en los demás. Conviene aclarar que el contacto con el otro no siempre es necesariamente espiritual; también puede nacer de necesidades personales, o deseos narcisistas. Pero lo que me interesa destacar es que el interés genuino y auténtico por el otro es una fuente importante de satisfacción espiritual.

Y enlazado con esto, pasamos al último punto de esta breve introducción: el final del film. Dijimos que de manera prudente y moderada, el autor del film nos muestra, hacia el final de esta historia, una cierta mejoría en los personajes. Alan consigue expresarle a Janeane su deseo de salir de su encierro y restablecer una mejor comunicación; Charlie pudo expresar su dolor en palabras y, de esta manera, reconciliarse con sus suegros y mudarse a un nuevo departamento. Esta mudanza parecería representar un intento de comenzar una nueva etapa en su vida, dejando atrás el departamento familiar y su obsesión por remodelar la cocina.

El punto que quisiera tratar ahora es si estos cambios nos resultan verosímiles en función de las vicisitudes de la historia que el film nos cuenta. Ya dijimos que el tratamiento con Ángela, pese a sus aciertos, empujó a Charlie más allá de lo que

podía tolerar. Me llamó la atención una toma que incluye el director justo antes de comenzar Charlie su tratamiento con Ángela. Es una toma de una larga avenida en la cual todos los semáforos cambian de verde a amarillo, y luego a rojo. Mi primera impresión fue que se trataba de un símbolo inadecuado. Pensé que al comenzar el tratamiento, comenzaría la mejoría y esto se simbolizaría mejor con la luz verde que es la que permite avanzar. Sin embargo, vistas las consecuencias inmediatas del tratamiento, debemos decir que la luz roja, como señal de peligro que invita a ir con cuidado, fue una decisión más acertada.

Pero si no es el tratamiento, en qué parte del film podemos encontrar algo que justifique la mejoría de los personajes. ¿En el juicio quizás? No parece convincente. De lo ocurrido en el juicio no podemos comprender de dónde sacó Charlie la salud para hablar así con sus suegros.

Creo que el verdadero cambio que esta historia nos muestra es la amistad, sincera y genuina, que se va desarrollando, poco a poco, entre Charlie y Alan. Al principio no se trata de una verdadera amistad sino de una amistad por conveniencia, típica del período adolescente donde el otro es un instrumento para nuestros fines. Una amistad en que ninguno habla sinceramente de sus dificultades.

Charlie necesita un compañero; una simple presencia para no estar tan solo. Como un adolescente, se divierte haciendo cargadas sobre temas sexuales: la propuesta de sexo oral de Donna Remar o desafiando a Alan, para que se quede con él, con el argumento de ser un maricón o de que tiene que pedir permiso a Janeane. Está dispuesto a pagar un millón de dólares para recuperar a su amigo y cuando le regala los discos, son los que le gustan a él, no a Alan.

Alan, al principio usa a Charlie para escaparse de su casa y de las responsabilidades de una vida que lo asfixia. Su conmiseración por Charlie es un modo de convencerse de que nada importante falta en su vida. Pero Alan es incapaz de contener a nadie, como se ve en su manera de actuar con Donna Remar. Alan es alguien que no quiere problemas y cuando Charlie se pone agresivo y violento desea encontrar alguien que se haga cargo de él. Primero busca a Sugarman, luego a Nigel y por fin a Ángela. Cuando Charlie, cediendo a la insistencia de Ángela, lo elige para contarle su trágica historia, vemos claramente que Alan se pone incómodo. No sabe qué hacer con algo que, en su modo de decir, "se ha vuelto demasiado personal".

Pero durante el transcurso del film, la amistad se va transformando hacia algo más genuino. Creo que el primer acto de sincera amistad de Charlie hacia Alan es cuando lo elige para contarle su historia; mirándolo de frente. El primer acto de sincera amistad de Alan hacia Charlie me parece que sucede cuando en la comisaría Alan se disculpa con Charlie por haberlo presionado más allá de sus posibilidades. Como si Alan reconociera que lo hizo más por la propia necesidad de

que Charlie mejore y no sea tan explosivo, que pensando en lo que para su amigo era posible y adecuado.

El verdadero encuentro entre ambos sucede en el restaurante chino; antes del juicio y luego de la internación de Charlie. Habiendo tenido la oportunidad de ver varias veces el film, me parece que es la mejor escena. El clima está lejos de la euforia maníaca de otros encuentros. Ya no se trata de usar la amistad para huir de los problemas sino para enfrentarlos y pedir ayuda. Alan comienza a hablar de sus dificultades con Janeane, su incomunicación, el sentirse inauténtico con ella. Confiesa que odia su trabajo al que considera vano, superfluo y lejos de lo que verdaderamente importa. Habla con Charlie como con un amigo que lo puede entender; no como antes, que parecía estar hablando con un loco peligroso.

Charlie le aconseja no callarse, no dejarse pisar por nadie, como cuando era joven en la universidad. En otras palabras, dejar de ser un hombre que acepta las cosas que no le gustan diciendo: "*fine*".

A cambio de esto, Alan lo insta a hablar de la parte más difícil del duelo de Charlie. No se trata de la cicatriz de la hija, ni de cómo lo despertaban los sábados cantando a coro; no. El tema central es la culpa que, como dijimos, se abroqueló en el tema de la remodelación de la cocina. Charlie quiere cambiar de tema pero Alan no se lo permite. Ahora que la amistad es sincera, ya no hay escapatoria en el ataque de furia. Como si le dijera, "*no te escapes, somos amigos, ya te conté lo mío, ahora contame vos. Confiá en mí; no estoy tratando de curarte, ni enfocarte, ni de mandarte a un psiquiatra. Soy tu amigo y quiero saber lo que te pasa.*"

Charlie habla de lo más difícil; la última conversación que tuvo con Doreen momentos antes de su muerte. De cómo le colgó el teléfono porque odiaba que ella le hablara de cocinas. De lo culpable que ahora se siente por eso.

Luego de esta confesión que es un acto de amistad y confianza, Alan le dice que tiene que dejarlo pasar; dejar atrás ese episodio. Preocupado aún, le pregunta a Charlie si va a estar bien, si va a lograr salir adelante. Charlie le responde que a él le preocupa más qué va a pasar con Alan. Esto muestra que el vínculo entre ellos ya no es una relación entre un sano y un enfermo, sino entre dos pares; dos amigos, cada uno con sus dificultades. También muestra cómo cada uno, saliendo de sí mismo, se interesa genuinamente en el otro.

Durante el juicio, Ángela dice que ella cree que Charlie, de a poco y en sus propios tiempos, va a poder encontrar personas que llenen otra vez su vida. Son palabras muy lúcidas que muestran que el autor tiene claro que la pérdida de Charlie no se soluciona mirando hacia el pasado sino hacia el futuro.

Ese proceso ya ha comenzado; Alan es su primer amigo desde la tragedia. También Alan ha empezado a cambiar. Ya no está tan solo como antes, ahora tiene

un amigo y, a partir de allí, quizás pueda reencontrar en el matrimonio la amistad que perdió con Janeane.

Interesados por el otro, y con la ayuda del otro, Charlie y Alan comienzan a salir de su encierro; sus vidas se enriquecen y comienzan a sentirse mejor espiritualmente. A veces lo que se necesita es un amigo. Como reza el dicho: la alegría compartida es doble alegría, mientras que la pena compartida es media pena.

Creo que este film nos habla de la importancia de la amistad en el proceso de duelo; y el punto de vista del autor nos enriquece con algunos conceptos. Frente al vacío en que nos coloca toda pérdida importante, ya sea de personas o de ilusiones, lo mejor que podemos hacer es buscar llenar otra vez nuestra vida con personas que nos importen. Para que las personas nos importen tenemos que intentar salir de nuestro dolor para poder interesarnos en los demás. No es algo fácil, pero saber cuál es el camino puede ahorrar tiempo y energías.

Frente al dolor ajeno tenemos que ser cariñosos y valientes; estar dispuestos a acompañar al otro en su sufrimiento todo lo que sea necesario. Ofrecernos como verdaderos amigos, con genuino interés; para que el otro, de a poco, llene su vacío con nuestro cariño y nuestro interés.

Y lo más importante: En ambos casos tenemos que saber ser pacientes. Porque si mantenemos la esperanza y si logramos no desviamos demasiado de la meta, no hay herida que el tiempo no pueda curar.